

HAGAMOS BALANCE

Incorporarse a las estructuras del MF tuvo para las organizaciones de feministas lesbianas un efecto ambivalente. Por un lado, el MF supuso un espacio donde organizarse y ser visibles de cara a la sociedad, en un contexto político y social difícil para unas minorías sexuales estigmatizadas y discriminadas legal y socialmente³⁰⁷. A finales de los ochenta, las activistas señalan: «el MF es importante para las lesbianas desde el punto de vista de revalorizar a la mujer y reivindicar nuestro deseo sexual. Creando un espacio de mujeres en el que encuentras apoyo y solidaridad, en ese sentido es muchas veces como abrir una ventana y respirar aire fresco»³⁰⁸. El feminismo ofrecía unas estructuras organizativas, y también una serie de herramientas teóricas y de praxis política fundamentales para los colectivos de lesbianas en aquel periodo. Como apunta Elena de León: «es que era impensable en los años ochenta que sin un bagaje feminista hubieras podido tener una estructura, una cultura, una base y un respaldo, imposible. El movimiento feminista ha sido todo para los grupos de mujeres»³⁰⁹.

303. Arantza, «Reflexiones», *Sorginak*, revista del Colectivo de Lesbianas Feministas de Bizkaia, junio de 1990, nº 8: 9, y marzo de 1991, nº 9: 4-5.

304. *El País*, con fecha de 3 de mayo de 1983 señalaba: «una enfermedad nueva, la deficiencia inmunológica, causa un muerto en Sevilla». El artículo añadía: «lo único que se sabe, estadísticamente, es que puede tener alguna relación con la homosexualidad masculina. En los primeros momentos, en Estados Unidos, siete de cada diez casos eran homosexuales masculinos, con una vida sexual muy activa y promiscua».

305. En 1985, en el marco del Congreso anual de la AGI, celebrado en Barcelona, el FAGC denunció la «pasividad, el desinterés y la homofobia» de la Administración frente al sida. *El País*, 29 de diciembre de 1985.

306. Véase *Bésame tonto*, revista editada por Solidaridad Gay, nº 1, marzo de 1989. En abril de 1989, este grupo acusó a la policía por «atropellos y registro ilegal de pubs en la zona de Chueca», *El País*, 9 de abril de 1989.

307. En relación con este punto, véase el texto «Existencia lésbica» de la Comisión de Lesbianas del Frente Feminista de Zaragoza, junio de 1986.

308. Begoña y Maribel de la Comisión Antiagresiones, Pílon, Ana y Asun del Colectivo de Lesbianas Feministas de Guipúzcoa, y la Asamblea de Mujeres de Donostia, «Lesbianas, Lesbianismo y M.F.», 28 de enero de 1988.

309. Elena de León, entrevista nº 9.

Por otro lado, formar parte del MF significó la subordinación de las demandas de las lesbianas a otras más generales, que eran las prioritarias. En este sentido, la crítica de las lesbianas independientes apuntaba a la que ha sido una de las cuestiones centrales en la relación entre lesbianas y heterosexuales en el MF: la paradoja de que al mismo tiempo que las lesbianas participaban activamente en las luchas «heterosexuales» (el divorcio, el aborto o la contracepción), su propia lucha quedaba invisibilizada (Llamas y Vila, 1997: 204). Los colectivos autónomos criticaron que las reivindicaciones de la Coordinadora Estatal se centraran en exclusiva en estos temas³¹⁰.

El hecho de tener que haber trabajado por las reivindicaciones generales de la mujer ha producido la postergación de la cuestión lesbiana. Postergación justificada en cierto modo pues si no tienes un terreno como mujer, menos lo tendrás como lesbiana; razón, además, para que las lesbianas estemos dentro del MF. Yo creo que debemos luchar por las reivindicaciones de la mujer, pero como lesbianas. Si no corremos el riesgo de olvidar que lo somos, de convertirnos en mujeres abstractas. Fíjate en el asunto de los anticonceptivos, del divorcio, del aborto, todos problemas que se plantean hoy día en el feminismo reivindicativo (no en el feminismo radical) pero que están absolutamente lejanos de la realidad de las lesbianas³¹¹.

El que las lesbianas formaran parte del MF fue, por otro lado, altamente beneficioso para el propio movimiento, consideración que es, en general, compartida por las activistas. Como señalaba Gretel Amman:

Durante años hemos estado solidarizándonos con las mujeres... no hubiera, si no, sucedido nada... Dicen que el MF ha ayudado a las lesbianas... Yo digo, EL MF NO HUBIERA EXISTIDO SI NO LO HUBIERAN PROPICIADO LAS LESBIANAS...³¹².

En este sentido, Verta Taylor y Nancy Whittier, refiriéndose al caso estadounidense, han señalado que el término «feminismo lesbiano» presenta el valor añadido, frente a otros como «feminismo cultural» o «comunidad lesbiana», de hacer explícito «el papel crucial de las lesbianas en el movimiento de mujeres contemporáneo» (1992: 107). En el caso español, este término refleja la mayor relevancia concedida a la lucha de las mujeres, y el hecho de que la mayoría de las lesbianas se identificaran y/o fueran parte del MF. Sin embargo, el reconocimiento

310. Amman, Gretel, «Alguns apunts per al debat feminista» (fuente desconocida), 1980.

311. «Gretel: lesbiana y feminista», entrevistada por Alejo Ferriol, *Aportes de más aquí*, s.f.

312. Amman, Gretel, *Red de Amazonas*, Barcelona, mayo de 1986. Las mayúsculas aparecen en el original.

del ingente trabajo de las lesbianas en el MF ha sido hasta hoy tímido o inexistente. Muchas voces han señalado la necesidad de valorar la deuda que tiene el feminismo con las lesbianas. Una de ellas es la de Fefa Vila (entrevista nº 6):

El feminismo aquí, igual que en muchos otros lugares, tiene una deuda histórica en el sentido de reconocer la aportación de las lesbianas al propio MF. No quiero decir que las feministas heterosexuales no hayan participado activamente pero creo que es gracias al lesbianismo el cómo se activa, se articula y se produce el feminismo. Muchos de los logros y de las articulaciones políticas que se llevaron a cabo, de las contestaciones, de los derechos reclamados, etc., estaban potenciados por una energía y una vivencia y una experiencia lesbiana que no se puede separar de una acción política, es decir, no eres una cosa y tienes una experiencia y luego políticamente haces otra cosa. Puedes no contarlo o que no lo pongas en la agenda, pero otra cosa es cuáles son los deseos personales que te hacen activarte.

LA «REVUELTA DESDE DENTRO»³¹³ DEL MF. LA RECLAMACIÓN DE LA ESPECIFICIDAD SEXUAL

El hecho de que la identidad lesbiana tuviera un componente ideológico feminista tan destacado revirtió en parte de manera negativa en su propia movilización, ya que sus demandas quedaron diluidas en las grandes reivindicaciones feministas. Las demandas lésbicas tenían que esperar a la consecución de los logros para las mujeres en general, lo que suponía la repetición del mecanismo de subordinación de intereses sufrido por las propias mujeres feministas en relación con sus compañeros de la izquierda (Escario, Alberdi, López-Accotto, 1996). La cuestión de la clase antecedía, en términos de relevancia política, a la del género y ésta a su vez a la discriminación por opción sexual.

Las activistas lesbianas del Estado español conocían la experiencia de Estados Unidos, donde los conflictos entre las heterosexuales y las lesbianas marcaron una de las grandes divisiones del movimiento (Echols, 1989) y, gracias a este proceso de aprendizaje, trataron de evitar conflictos internos en torno al lesbianismo³¹⁴. Era necesario el consenso, la unidad de los diferentes grupos

313. Tomo prestada esta expresión del trabajo de Arlene Stein (1992: 560), en el que explica el proceso a través del cual el feminismo lesbiano fue desplazado de su posición central, desde el punto de vista teórico y de práctica política, en el movimiento de lesbianas en Estados Unidos.

314. Entrevistas personales con Empar Pineda (nº 1) y con Montse Oliván (nº 3). Sobre la división en el MF Estadounidense en relación con el tema lesbiano, véase la entrevista a Kate Millet en *Egin*, 25 de junio de 1984.

bajo el paraguas feminista con el objetivo de conseguir las demandas legales que se perseguían. En esa negociación de las identidades y en la búsqueda de lo que Tilly (2002) denomina «ilusión de unidad» en el MF se subordinan otras identidades, como la lesbiana, que pasa a un segundo plano.

La historia del movimiento en este país por una parte es genial, tanto del MF como el de las lesbianas, en el sentido de que creo que no ha habido otro país donde haya habido tanto consenso, aunque fuera aparente, de un gran movimiento de mujeres. En ese sentido está bien porque da una fuerza y una capacidad de negociación en la esfera institucional importante; en otros países enseguida las diferencias surgían y los consensos no eran tan permanentes ni en el tiempo ni en los temas. Creo que aquí el consenso dura demasiado tiempo y creo que es una herencia del sentimiento de pertenencia a una resistencia antifranquista, de toda una generación que sigue apegada a este sentimiento³¹⁵.

Sin embargo, desde finales de los ochenta y principios de la década siguiente, ese consenso es cada vez más difícil de mantener. Y lo mismo sucede con la contención del discurso y de las representaciones lesbianas dentro del feminismo. La reacción que se produce entonces es contra una identidad feminista en la que quedan subsumidas las *diferentes diferencias* entre las mujeres. Las disensiones frente a esa identidad unitaria se hacen evidentes en un momento en el que la movilización feminista ha descendido tras la obtención de las reivindicaciones más importantes, como queda reflejado en la pérdida de capacidad movilizadora de la Coordinadora, en un contexto, por otro lado, de receso general de la actividad de los movimientos sociales. La política de subvenciones, como han señalado algunas activistas, favorece, por otra parte, la «atomización» del MF³¹⁶. Los diversos colectivos que componen el MF como las lesbianas, las trabajadoras sexuales o las transexuales, reclaman en los noventa unos discursos y unas demandas específicas. En el caso de las transexuales, éstas participaron en las Jornadas feministas «Juntas y a por todas», organizadas por la Coordinadora estatal y celebradas en Madrid en diciembre de 1993, evento que marca la (tardía) inclusión de este sector en el MF³¹⁷. Sobre la construcción de una identidad feminista homogénea, Garaizábal apunta:

Yo tengo la sensación de que se había creado una identidad del ser mujer en el sentido fuerte que no era tal, y que la historia demuestra que

315. Fefa Vila, entrevista nº 6.

316. Sobre la atomización y especialización del MF, véase *El País*, 23 de diciembre de 1990.

317. Véanse las ponencias presentadas en estas Jornadas en relación con la transexualidad de Garaizábal, y Mónica y Kim Pérez. Las ponencias fueron recogidas en una publicación por la Federación de Organizaciones Feministas del Estado Español.

no era mantenible esa identidad cuando la realidad empieza a ser tan diversa y empieza a influenciar tantas cosas diferentes al ser mujer dentro de las reivindicaciones feministas. La ideología era central³¹⁸.

La reacción que motiva el cambio en el discurso identitario lesbiano en los años noventa se produce ante la exclusión e invisibilidad en los discursos y prácticas que emergen de la propia «comunidad» feminista. Taylor y Whittier (1992), en su modelo de construcción de la identidad colectiva en los movimientos sociales —basado en el análisis de las comunidades de feministas lesbianas estadounidenses—, señalan que ésta requiere de tres elementos. Por un lado, la construcción de un conjunto de límites entre los actores que son parte de un conflicto, entre el «nosotros/as» y el «ellos/as», que protejan y diferencien al mismo tiempo a los grupos minoritarios del colectivo mayoritario. Por otro, es necesaria la emergencia de una conciencia compartida y unos objetivos comunes a estas minorías. Y, por último, un proceso de politización de las identidades que confiera valor al estatus de minoría de un grupo y que facilite la utilización de las identidades como estrategias para la movilización colectiva. Detengámonos en el primer elemento, el que se refiere a los límites, que las autoras definen como «las estructuras físicas, psicológicas y sociales que establecen diferencias entre el grupo activista y los colectivos dominantes» (1992: 111). La configuración de estos límites es una cuestión central en la identidad colectiva, ya que supone especificar cuáles son los elementos en común del «nosotras» y el marco de interacción entre ambos grupos, el de dentro y el de fuera de esos límites. Las distintas jerarquías o sistemas de dominación (de clase, edad, opción sexual, raza, etnia...), que se entrecruzan en los colectivos discriminados, producen asimismo diferencias dentro de éstos. En el caso de la movilización feminista, «no hay que olvidar las espinosas relaciones que en el seno del MF ha producido en algunos momentos la presencia lésbica. Que se haya querido diluir o desactivar indica, asimismo, el grado de prejuicios homófobos palpables, igualmente, en quienes se esfuerzan en contravenir los discursos normativos» (Aliaga y Cortés, 2000: 27). Las lesbianas se habían enfrentado a los prejuicios misóginos de un sector de los gays en los Frentes mixtos, y ahora tenían que luchar contra los prejuicios del MF por ser «diferentes»³¹⁹. Juana Ramos se refiere a estos procesos de exclusión dentro del «colectivo» de las mujeres:

Cuando consigues un poco de aceptación social, un colectivo que ha Estado discriminado pues intenta hacer limpieza de las partes más feas que están ahí en el colectivo. Y entonces pues una de las estrategias del patriarcado era decir todas las feministas son lesbianas, ¿no?, como

318. Cristina Garaizábal, entrevista n° 2.

319. «La homosexualidad femenina», en *Tiempo*, 15 de agosto de 1983, pp. 75-78.

forma de desprestigiar al MF, y como forma de desvirtuarlo completamente (...), porque el MF estaba atentando contra el patriarcado de una forma brutal, contundente (...) Yo creo que esa es una de las razones por las cuales ha habido lesbofobia dentro del MF³²⁰.

Los conflictos en torno al lesbianismo dentro del MF, y la contención de la identidad sexual por parte de los grupos de feministas lesbianas, motivan el giro que se produce en los noventa, de la mano de una nueva generación de activistas, hacia un discurso identitario que reclama la especificidad de la dimensión sexual, sin estar eclipsada por el género. Anne Marie Smith escribe, refiriéndose al caso británico: «algunas de las amenazas más serias al establecimiento de una presencia lesbiana visible como presencia sexual no provienen del «Estado» sino de «nuestra propia» comunidad» (1992: 211). Arlene Stein (1992), por su parte, señala cómo las «comunidades de intimidad» pasan en ocasiones a ser «comunidades de exclusión». Y las activistas explican lo siguiente:

... a menudo vemos que dentro del movimiento feminista las cuestiones referentes a las lesbianas se obvian o quedan relegadas a un segundo término, incluso por parte de mujeres que tienen conciencia de su lesbianismo. Podemos encontrar ejemplos de esto en documentos sobre temáticas muy distintas, en que, o bien determinadas situaciones que son exclusivas de las heterosexuales pasan como si fueran de las mujeres en general, o bien situaciones que afectan tanto a las heterosexuales como a las lesbianas se tratan como si fueran exclusivas de las heterosexuales (el caso de la violencia doméstica)³²¹.

Para el MF la presencia lesbiana es incómoda por el estigma asociado al lesbianismo y el miedo a la identificación de todas las feministas como lesbianas, una estrategia del patriarcado para minar la lucha de las mujeres. Sin embargo, el MF no responde ante estos ataques con la contundencia con la que lo había hecho, por ejemplo, con el aborto y la campaña en la que las activistas se autoinculpaban («yo también he abortado»), o con el adulterio («yo también soy adúltera»)³²². Con el lesbianismo no se hizo una defensa pública como con estos temas, «era un tema muy tabú en España y que daba miedo»³²³, si bien un sector de las feministas apoyaron las convocatorias de los grupos de feministas lesbianas. Las

320. Juana Ramos, entrevista nº 4.

321. GLF de Barcelona, «El vestido nuevo de la emperatriz», ponencia presentada en las Jornadas Feministas de Córdoba, 2000.

322. Una imagen en la que aparece una activista con una pancarta con esta frase en catalán está recogida en el artículo de Dolors Palau (1988). Agradezco a Manuel Jiménez el haberme facilitado esta referencia.

323. Montse Oliván, entrevista nº 3.

propias activistas lesbianas que forman parte del MF mencionan en 1982 de esta ausencia de defensa del lesbianismo por parte del movimiento:

El MF aún no ha integrado bien la reivindicación del lesbianismo; sigue teniendo una actitud vergonzante ante este tema. Las causas no son fáciles de precisar. Yo aventuraría algunas pensando en el movimiento de Madrid en concreto. No atreverse a hacer frente a la reacción de la sociedad ante el tema. El lesbianismo no se defiende con orgullo (...) Otra razón, y eso resulta aún más extraño, en el MF también hay concepciones puritanas sobre la sexualidad³²⁴.

Los colectivos de feministas lesbianas, auténtica *task force* del MF, se «refugiaron» en las estructuras del movimiento durante toda la década de los años ochenta y parte de los noventa, y orientaron su actividad a la obtención de las demandas feministas y al trabajo de cara al interior del MF más que hacia las propias lesbianas. Y el precio a pagar fue alto, traduciéndose en una distancia cada vez más marcada con los problemas y necesidades de las lesbianas que no militaban en los colectivos, y en un desinterés creciente por parte de estas últimas a integrarse en las organizaciones. Garaizábal reflexiona de manera autocrítica en relación con esta estrategia de las feministas lesbianas:

Nos costó mucho, costó mucho a muchas mujeres cambiar de la denuncia ideológica más principista y más general a los problemas reales de los sectores reales de mujeres a los que nos queríamos dirigir. Y yo creo que eso nos pasó con las putas, nos pasó con las lesbianas y nos pasó con todo pichichi al que nos dirigíamos. Y es que hubo un sector que prefirió seguir siendo pura, incontaminada, aunque sola, frente a otro sector que pensábamos que era mejor ser menos puras pero llegar a las mujeres de carne y hueso. Y en esos momentos se llegó mucho al desquicie del movimiento y a que el movimiento no se haya podido mantener como movimiento organizado, yo creo, porque ha sido un movimiento cada vez más ajeno en sus discursos y en su práctica a lo que era la realidad de las mujeres de carne y hueso. Y es lo que pasa con prostitución (...), o con las mujeres maltratadas³²⁵.

El MF no defiende públicamente a las lesbianas por miedo a la hipersexualización del feminismo, al estigma, y las feministas lesbianas, a su vez, se alejan de un espacio, el ambiente, en el que «había mucha pluma»³²⁶. Se distancian del

324. CFLM, documento interno. Semana de lucha por la liberación de lesbianas y homosexuales, junio de 1982.

325. Cristina Garaizábal, entrevista n° 2.

326. Pilar Albarsanz, entrevista n° 5.

espacio donde estaban las lesbianas «camioneras» o masculinas, y las femeninas, las locas, los travestis, los transexuales, en un contexto en el que, desde posiciones feministas, se buscaba borrar las diferencias sexuales. El ambiente era (y continúa siendo) el espacio de las plumas, del estigma³²⁷. Esther Newton (1993), en su estudio sobre Fire Island, la primera ciudad gay y lésbica de Estados Unidos, realiza una reflexión similar sobre el rechazo a las plumas, en concreto de las *drag queens*, ya que representan *el* estigma que recae sobre las sexualidades diferentes. Mili Hernández, una de las activistas más destacadas en los colectivos mixtos de lesbianas y gays de los años noventa, reflexiona sobre esta distancia:

Yo soy feminista siendo lesbiana, pero sí que es verdad que lo que no le perdonaré yo nunca a las feministas, y sobre todo a las feministas españolas, es el haber abandonado a la mujer lesbiana. Entonces, a mí todo lo que huele a feminismo lesbiano... como nombre, ¿eh?, que no... (...). A mí que no me vengán a dar clases las feministas. Ninguna feminista en España todavía ha defendido a las mujeres lesbianas. Entonces, claro, para mí no tienen ningún tipo de credibilidad³²⁸.

El feminismo lesbiano muestra cómo las identidades son posibilitadoras y limitadoras de la acción colectiva al mismo tiempo (Stein, 1992, Gamson, 1995). Se trata de un discurso identitario que, en aras de la unidad movilizadora, subordina los discursos y las demandas de las lesbianas (y otros sectores) frente al de las mujeres en general. Esta exclusión motiva que muchas lesbianas abandonen finalmente el MF, como relata Juana Ramos:

Sentíamos la necesidad de currarnos específicamente el lesbianismo, sin tener que... es lo que has dicho tú, currarte otras historias, ir directamente al grano, ver por qué nos discriminan por ser lesbianas, cuáles son las reivindicaciones específicas de las lesbianas, sin tener que subordinar nuestros principios de lucha a otros más dispersos, más difuminados como pueden ser los del MF (...) Las mujeres transexuales no nos salimos tan de golpe como las lesbianas. Seguimos, manteniendo nuestra independencia como transexuales, porque creo que todavía es necesario³²⁹.

327. Garaizábal ha recordado «la crítica en los primeros tiempos, dentro de los colectivos de feministas lesbianas, a las lesbianas muy femeninas o muy masculinas», en Pineda, Empar; Garaizábal, Cristina; y Vázquez, Norma, «¿Aquí, qué pasa con el lesbianismo?», ponencia presentada en las Jornadas Feministas de Córdoba, 2000.

328. Mili Hernández, entrevista nº 7.

329. Juana Ramos, entrevista nº 4. Sobre el movimiento de transexuales en el Estado español véase el trabajo de esta activista (2005), y su artículo titulado «Las asociaciones de transexuales». Este último se puede consultar en www.hartza.com/transexualidad.

UNAS NOTAS FINALES

El discurso identitario de las organizaciones políticas de lesbianas feministas que se crean a partir de comienzos de la década de los ochenta se construye del lado de las mujeres, enfatizando los elementos compartidos con el conjunto de éstas. El giro en el discurso en relación con los años setenta se ve influido por los conflictos motivados por la existencia de actitudes misóginas en los Frentes, y por un peso cada vez más destacado de las ideas feministas, en un contexto político en el que parecía que se abría una «ventana» en la estructura de oportunidades políticas con el gobierno socialista. La definición colectiva como feministas lesbianas (o lesbianas feministas) es el producto de debate, elecciones, negociaciones, discusiones... en el interior de los colectivos, y se va configurando a través de la propia actividad del movimiento. Se trata de construcciones parciales, en ocasiones contradictorias, que cambian a lo largo de la vida del movimiento, y que enfrentan a las activistas a dilemas y decisiones complejas. Las ideas feministas son fundamentales en la construcción de la identidad colectiva de los grupos de esta corriente, y el feminismo se ve, a su vez, influenciado, alimentado e impulsado por los discursos y las experiencias de las lesbianas.

Priorizar la dimensión de género sobre la sexual tiene una serie de implicaciones en cuanto a la estructura de alianzas y la agenda política de las organizaciones. Dentro del feminismo lesbiano, la corriente mayoritaria representada en grupos como el CFLM defiende la incorporación a un MF que no ha comenzado a tratar en profundidad la cuestión de la sexualidad, haciendo suyos los objetivos políticos de la lucha de las mujeres, y dejando sus discursos, debates y demandas en un segundo plano. Este proceso evidencia el poder de las ideas feministas, que lleva a las militantes a asumir una serie de costes en relación con sus propios discursos y reivindicaciones. Con sus propios cuerpos, sus propias vidas. Dentro de esta misma corriente, desde los colectivos de lesbianas feministas (como el GLF catalán o el BLFK vasco) defienden la necesidad de debatir e incluir sus propias demandas en la movilización. Las más críticas son las lesbianas independientes, corriente minoritaria, que comparten la ideología feminista pero cuestionan la pérdida de autonomía de las organizaciones lesbianas y el que sus reivindicaciones se queden «congeladas» en el tiempo.

En el caso del discurso identitario del feminismo lesbiano, las implicaciones políticas que le siguieron son, además, especialmente significativas no sólo en relación con las alianzas y los objetivos movilizados, —con la consiguiente separación, durante los años ochenta, del movimiento gay y sus demandas, con la excepción de las discriminaciones legales—, sino en lo que se refiere a la relación con *su* propio grupo social, las lesbianas. Las feministas lesbianas adoptaron el discurso ideologizado y el programa de máximos del MF que las alejó de la realidad de las lesbianas no politizadas, más estigmatizadas aún que las militantes refugiadas bajo el paraguas feminista.

**Som melgesses, advocades,
estudiants, treballadores de
fàbrica, secretaries, peixateres,
empresaries, monges, okupes, models,
novel·listes, mestresses de casa, estrelles de
cinema, aturades, prostitutes, filòsofes, pageses,
científiques, sindicalistes, enginyeres...**

**I som grans, joves, de mitjana
edat, riques, pobres, divertides,
deprimides, discapacitades, mares,
avis, morenes, rosses, gitanes,
blanques, negres, arabs, de ciutat, de poble,
casades, divorciades, solteres, vidues...**

**Som la teva escriptora preferida,
la teva alcaldessa, la teva
melgessa, la teva professora, la teva
cartera, la teva veïna, la teva tieta, la
teva millor amiga, la teva mare, la teva
germana, la teva filla...**

Cartel del Grup de Lesbianes Feministes de Barcelona.

La contención del discurso y los objetivos específicos de las lesbianas, y los conflictos dentro del MF con las feministas heterosexuales, propician que, desde finales de los ochenta, un sector de las activistas reaccionara demandando la vuelta a la especificidad de la identidad sexual, a la sexualización de la identidad lésbica. Este proceso refleja cómo la construcción de las identidades colectivas tiene un efecto movilizador y cohesionador de la protesta, y, al mismo tiempo, limitador de ésta (Gamson, 1995). Las lesbianas abren un punto de fuga, junto a las transexuales y otros grupos de mujeres, en los límites construidos alrededor de una identidad unitaria feminista, que es cuestionada porque excluye a la diversidad de los sujetos a los que dice representar. En los años noventa, el feminismo lesbiano es desplazado paulatinamente de su posición central en el movimiento por unos discursos identitarios diversos, que comparten su énfasis en la dimensión sexual de la identidad, y están influidos

por un repertorio de ideas y experiencias «importado» de los movimientos LGTB y *queer* de los países occidentales a través de una nueva generación de activistas. Al periodo que se inaugura en la década de los noventa le dedico los dos siguientes capítulos.



Cartel de la manifestación unitaria del Movimiento feminista, Madrid, 8 de marzo de 2003.